

consecuencia de las heridas recibidas en Petronell (1). El mismo día de esta batalla, el emperador Leopoldo, presa de terror al ver que era imposible oponerse al avance de los turcos, salió de su capital dirigiéndose á Passau donde fijó su residencia. Los de Viena se apercibieron para sostener el sitio: al conde Rudiger de Starhemberg confiábase la dirección de la defensa, y el duque de Lorena, después de dejar en la ciudad una guarnición de 11,000 hombres aproximadamente, tomó con el grueso de su ejército seguras posiciones en los alrededores, esperando con impaciencia los auxilios de los estados del Imperio y de Polonia y el día de la acción decisiva. El día 12 de junio llegaron delante de Viena las primeras columnas turcas, y cinco días después la ciudad se hallaba cercada por todos lados por el campamento otomano.

Entonces comenzaron aquel memorable sitio y aquella defensa aun más memorable de Viena. Ciento cincuenta y cuatro años antes, cuando el sultán Soliman el Grande la sitió y asaltó (1529), esta ciudad había ya quebrantado con su victoriosa resistencia el poder otomano y salvado al Occidente de Europa, y en primer término á Alemania, de la aniquiladora invasión de aquellos bárbaros. A la sazón los nietos renovaron los laureles conquistados por sus antepasados. Hacía muchos años que se preveía la posibilidad de que los turcos volvieran á presentarse á las puertas de Viena y á instancia de Starhemberg habíase comenzado, aunque no con la energía que era menester, la obra de reparar las fortificaciones y de proveerse de municiones y de víveres; pero se omitieron muchas cosas de las más importantes á las cuales no se atendió hasta que se vió que el peligro era inevitable. Además de las tropas regulares organizáronse para el servicio de los fuertes y vigilancia de las murallas los menestrales, los industriales, los estudiantes y en una palabra todos los elementos de la población aptos para empuñar las armas. El valeroso burgomaestre Liebenberg dirigía con infatigable celo todo cuanto se relacionaba con los auxilios que la población civil aportaba á la obra de la defensa; y agotadas sus fuerzas por tan impropio trabajo, falleció antes del día de la liberación. El conde Kollonich, obispo de Wiener-Neustadt, que en sus años juveniles y como caballero de la orden de Malta había esgrimido ya su espada contra los turcos en Candía, púsose al frente del servicio de sanidad y estaba en todas partes, llevando á todos los consuelos de la religión. Otros muchos magnates austriacos, laicos y eclesiásticos, dieron víveres y dinero. Al frente de todos los defensores y como comandante de la plaza estaba el conde Rudiger de Starhemberg (2), cuyo valor indomable, prudencia y constancia infatigable contribuyeron en principalísimo término al buen éxito de obra tan difícil; pero justo es consignar también que las tropas imperiales que á sus órdenes combatían hicieron honor con su excelente comportamiento á su excelente dirección.

Desde la segunda quincena de julio hasta el día 12 de setiembre duró aquel sitio cuyos pormenores, así de los repetidos ataques de los sitiadores como de la heroica defensa de los sitiados, no hemos de relatar. A la par del fuego de la formidable artillería turca, y de los combates en las murallas, trincheras y brechas, proseguía la terrible lucha de minas, medio de ataque predilecto y el más perfeccionado del arte de sitio de los otomanos. Nada puso tan duramente á prueba el valor de los sitiados ni á la ciudad en tan inmi-

(1) Véase Arneth: *El príncipe Eugenio de Saboya*, tomo I, página 13.

(2) Conde Thurheim: *El feldmariscal Ernesto Rudiger, conde de Starhemberg*, Viena, 1882. Véase también la biografía anterior de su sobrino el conde Guido de St. de Arneth (Viena, 1853).

nente peligro de rendición como este siniestro trabajo subterráneo. Ocho semanas resistió la ciudad esperando con impaciencia que de fuera acudieran á libertarla. A principios de setiembre comenzó la situación á hacerse cada vez más crítica: agotábanse los víveres y las municiones; las bajas en las tropas eran cada día más numerosas; el cuerpo de oficiales estaba diezmando; el hambre y las enfermedades causaban estragos; delante de las puertas del templo de San Estéban disparábanse por la noche cohetes como señales de socorro á fin de excitar á los amigos de fuera á que acudieran pronto al socorro de los de dentro, y cuando mayores eran las tribulaciones de los sitiados, tanto más rápidamente se sucedían los asaltos ordenados por el gran visir y las voladuras de las minas para que la ciudad, apenas en estado de defensa, se rindiera antes de que acudiera á libertarla el ejército cristiano.

Pero la hora de la salvación sonó al fin: muy pronto, señales hechas desde la próxima montaña de Kalen anunciaron á los sitiadores que los tan ansiados auxilios se aproximaban. Un último asalto intentado por los jenízaros, sin resultado alguno, el día 9 de setiembre, fué el término de los ataques de los turcos, pues desde aquel momento Kara-Mustafá harto tuvo que hacer para defenderse del formidable enemigo que avanzaba sobre sus posiciones.

Durante estas semanas de angustia y de impaciencia, el duque Carlos de Lorena había tenido algunos felices encuentros con los turcos y con los húngaros de Tekely, pero no podía librar una batalla decisiva mientras no se reuniera con los aliados que ya estaban cerca. Por fin llegaron primeramente las tropas auxiliares del Imperio, á saber: los bávaros mandados por su elector Maximiliano Manuel, las tropas de los círculos de Baviera y las de Suabia y Franconia á las órdenes del conde Waldeck, el elector Juan Jorge de Sajonia con su numeroso ejército, y algunos otros contingentes de menos importancia, y por último el ejército polaco llevando á su frente al rey Juan Sobieski. Las fuerzas de éste no ascendían á los 40,000 hombres ofrecidos en el tratado con el emperador y los datos que acerca de su número poseemos son contradictorios. Según parece, cuando todo el ejército cristiano, compuesto de unos 84,000 hombres, se reunió en 7 y 8 de setiembre en la inmensa llanura de Tuln, junto al Danubio, sitio que nos trae á la memoria el poema de los Niebelungen (3), Sobieski disponía á lo sumo de 20 á 24,000 soldados. El ejército del gran visir había experimentado grandes pérdidas durante el sitio, y á esto vino á añadirse la circunstancia de que el khan de Tartaria, probablemente aliado de Sobieski por consecuencia de secretas negociaciones, no tomó parte en la batalla y no sacó de su campamento su peligrosa caballería. No obstante, los turcos contaban con más de 100,000 combatientes, prescindiendo de los muchos miles que estaban al cuidado del tren y de las fuerzas que se habían quedado en las trincheras delante de Viena.

Al día siguiente de la revista militar de Tuln, emprendieron los aliados la penosa marcha hacia Viena al través de la selva vienesa: después de algunas lamentables contiendas por cuestiones de precedencia, convínose al fin en dejar al rey de Polonia el honor del mando supremo oficial. El día 12 de setiembre estaban los dos ejércitos enemigos frente á frente apercibidos para la batalla decisiva, á la vista de la ciudad sitiada, cuyos habitantes subidos á las murallas y á las torres podían seguir desde lejos las peripecias de aquella sangrienta lucha que había de decidir de su suerte.

(3) Recepción de Kriemhilda por Etzel:

Ein stat bi Tuonouwe lit in Osterlant - Diu ist geheizen Tulne: da wart ir bekant - Vil manic site vromede, den si e nie gesach. (Eströfa 1341.)

de aquella sangrienta lucha que había de decidir de su suerte.

La batalla, que se prolongó desde las primeras horas de la mañana hasta la entrada de la noche, fué por demás terrible y estuvo admirablemente dirigida por parte de los cristianos sin que pueda atribuirse el mérito principal á Sobieski, el general en jefe oficial, pues por lo menos igual parte de gloria corresponde en aquella jornada al duque Carlos de Lorena. En las primeras horas de la batalla hasta el mediodía, la lucha fué especialmente sostenida por las tropas alemanas del ala izquierda situadas en las vertientes de los montes Kalen y de Leopoldo: los imperiales y los sajones avanzaron lenta, pero continuamente, de posición en posición, efectuando juntos algunos movimientos en los que tomaron parte desde el centro las tropas auxiliares bávaras y franconias. En el segundo período del combate, entraron en acción los polacos, que situados en el ala derecha tenían que recorrer un camino difícil, descendiendo de las colinas, para llegar adonde estaba el enemigo. Cuando á las dos de la tarde toda la fuerza de la caballería polaca apoyada por algunos regimientos de infantería alemana pudo desplegarse en terreno despejado y emprender el ataque, trabóse allí la más encarnizada lucha, sucediéndose sin interrupción terribles choques entre el grueso de los spahis turcos y los husares y lanceros de Polonia. Pronto tomaron parte en aquel combate otras fuerzas de uno y otro campo, siendo los turcos poco á poco rechazados hacia su campamento. Entretanto el duque de Lorena ordenaba un movimiento de avance general del ala izquierda y del centro. El ejército cristiano con ímpetu irresistible se adelantó en toda la línea de batalla, y aunque los turcos al principio se resistieron tenazmente, al caer la tarde fueron cediendo en su resistencia hasta que al fin se dió el orden de retirada. A las seis la batalla había concluido y el ejército turco huía precipitadamente hacia la frontera húngara.

Viena estaba salvada, quedando demostrado que las tropas de Occidente bien dirigidas podían hacer frente con éxito á fuerzas turcas superiores. El orgulloso rey de Polonia quiso ser el primero en penetrar en la ciudad libertada y en atraer sobre su persona el delirante júbilo de la población agradecida. El emperador Leopoldo, que á toda prisa acudió desde Passau, verificó algunos días después su entrada triunfal en el *Hofburg* (palacio imperial) que los proyectiles turcos habían reducido casi á ruinas. Aquella soberbia victoria trajo consigo una serie de funestas disidencias y disgustos entre los aliados: el elector de Sajonia, no pudiendo llegar á una inteligencia con la corte imperial respecto de los cuarteles de invierno y de la manutención de sus tropas, regresó á su patria tres días después de la batalla, muy descontento de la casa de Austria y sin que el emperador hiciera nada para detenerle. Muy pronto también surgieron sensibles rozamientos con el rey de Polonia que, exagerando orgullosamente sus servicios, se tenía por el verdadero salvador del Austria y que al llegar el invierno se volvió á Polonia después de haber contribuido en la batalla de Parkany (7 y 9 de octubre de 1683), pérdida primero y ganada después con el auxilio de los austriacos, á la conquista de Grau llevada á cabo en 27 de octubre.

Más adelante trataremos nuevamente de los ulteriores sucesos de esta guerra turca y de sus resultados que formaron época en la historia de la Europa occidental; pero ya por el momento las victorias logradas en 1683 influyeron poderosamente en la política del emperador así en el Imperio como respecto de Francia.

El emperador había comprendido desde un principio que la gloriosa batalla de Viena no podía ser el preludio de una

paz vergonzosa como en 1664 lo había sido la de San Gotthard, aun cuando solo muy paulatinamente se abriesen paso en su mente más vastas perspectivas sobre lo que debía hacerse y conquistarse en Hungría y en Transilvania. Era preciso continuar la guerra contra los turcos y no había que pensar en dedicar todas las fuerzas de la monarquía á la lucha contra Francia.

¿Cómo no debía aprovecharse Luis XIV de tan favorables circunstancias? Para él, la victoria alcanzada por el emperador delante de Viena era, por más que se tratara hipócritamente de disimularlo, una derrota de Francia (1); así es que se apresuró á tomar el desquite en los Países Bajos españoles: la conquista de Luxemburgo debía compensarle la contrariedad de no haber podido conquistar á Viena. Nuevos actos de violencia y provocación obligaron á la corte de España á declarar la guerra á Francia (á fines de octubre de 1683), contando el débil monarca español con el auxilio



Medalla conmemorativa de la liberación de Viena (1683)
Tamaño del original (Real Monetario de Berlín)

de los holandeses y con la aureola de gloria militar en que nuevamente aparecía envuelta la casa de Austria. Mas en el Haya, el afán belicoso de Guillermo III estaba supeditado á la política de paz de los *patriotas* holandeses y el ejército imperial se encontraba en la lejana Hungría en sus cuarteles de invierno. Entretanto, el mariscal d'Humieres conquistaba, en noviembre, las plazas de Courtrai y Dixmuyden, y en la primavera de 1684, el mariscal Crequi, ayudado por Vauban, comenzaba el sitio de Luxemburgo, cuya defensa fué digna del nombre y de la importancia de esa plaza fuerte.

Nadie, sin embargo, acudió á su auxilio, pues aun cuando en el Imperio se agitaban, impulsados por el conde Waldeck, los que formaban parte de la alianza de Luxemburgo, nada podían hacer cuando la Holanda se negaba á responder á su llamamiento y cuando las fuerzas del emperador estaban comprometidas en otras empresas. El día 4 de junio de 1684 capituló la ciudad, *ce terrible Luxembourg*, como escribía Vauban, cuyo sitio costó á los franceses grandes pérdidas y cuya conquista consideró este general como una de las más soberbias hazañas de su vida (2). Luis XIV, después de haber tomado á Estrasburgo y Casale, apoderábase de la tercera fortaleza cuya posesión aseguraba, al parecer de un modo indestructible, la supremacía de Francia en Europa.

La corte imperial habíase prestado con gran repugnancia á sacrificar al interés de la guerra en Hungría sus planes de resistencia armada contra Francia, y de las negociaciones que entabló para salvar siquiera la posibilidad de una acción por ambos lados, las más importantes fueron las que siguió con la corte de Berlín (3).

(1) Rousset: *Hist. de Louis XIV*, tomo III, pág. 233.

(2) Rousset, tomo III, pág. 256.

(3) *Memorias y documentos*, tomo XIV, pág. 1025.